

REFLEXIONES EN TORNO AL LIBRO DE
MARÍA ELENA CHICO DE BORJA,
*LA MUJER EN EL MUNDO
MEDIEVAL. SIGLOS X A XIII*¹

Ana Teresa López de Llergo

Ana Teresa
López de Llergo

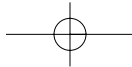


Doctora en Ciencias de la Educación,
Universidad de Navarra. Maestra en
Pedagogía, Universidad Panamericana.
Licenciada en Ingeniería Química y
Química Industrial, Universidad Iberoamericana. Directora
de Difusión Cultural, Universidad Panamericana. Autora
de: *Hacia un desarrollo humano*, Ed. Limusa; *Valores,
valoraciones y virtudes*, Ed. CECSA.
Correo electrónico: [aloppzde@mx.up.mx].

No cabe duda que muchas de las ideas contemporáneas tienen una larga incubación y con frecuencia no son resultado de una misma línea de pensamiento, sino que suelen engendrarse como reacción a posturas acuñadas. La historia nos muestra la unidad de saber del mundo antiguo, unidad que se mantiene en el medioevo aunque, entonces, también se percibe necesaria cierta autonomía en el modo de investigar y en la conformación de los distintos saberes científicos². Más

¹ Editorial Porrúa., México., 2006

² Juan Pablo II (1998). *Fides et ratio.*, n. 45.

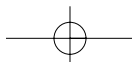


Glosa

adelante, la ilustración liberal del siglo XVIII manifiesta franco rechazo a los planteamientos religiosos por juzgarlos oscurantistas y retrógrados, por eso, o se repliega la fe o ésta sufre una encarnizada persecución. Así, la herencia del siglo XX y la de nuestro incipiente siglo XXI, está impregnada del positivismo del siglo XIX, donde cualquier postura científica excluye, por mal vistas, a las creencias.

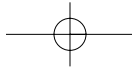
Además, el moderno debate hombre-mujer, está impregnado del racionalismo marxista de lucha de contrarios y, por lo tanto, el enfoque está imbuido de los feminismos violentos que, con un supuesto afán de defender a la mujer, acaban desnaturalizándola. Otros, con un pacifismo mal entendido, buscan diluir las diferencias y presentan a la mujer como una réplica del varón y, a este último, de manera feminoide.

En tal contexto, es de apreciar el libro de María Elena pues sale al paso de las utopías y, con una investigación profunda y entusiasta, presenta la realidad bien datada de mujeres de los últimos siglos del medioevo. Mucha convicción muestra la autora al afrontar las posturas extremas que circulan, más valor al presentar los modelos de una etapa de la historia bastante mal vista. Sin embargo, en el libro se rescata la verdad que encierran vidas cimentadas en un profundo cristianismo; vidas del mundo civil y del monástico. Historias en las que se intercalan gestas heroicas con lo cotidiano. Como todo trabajo, es susceptible de mejoras, pues la investigación del pasado es un pozo sin fondo, pero también ha de haber un equilibrio entre el perfeccionismo que no traería a la luz ninguna investigación y la superficialidad de presentar una serie de datos inconexos. También por esto se agradece la obra.



El libro termina con cuatro casos ejemplares: Hrotswitha de Gandersheim, Hildegard Von Bingen, Leonor de Aquitania y Blanca de Castilla. De ellas entresacaremos algunos detalles de la rica exposición del texto. Pero, para enmarcar estos casos y su entorno, la autora, con certera visión histórica, acude a tres antecedentes: la mujer en el mundo judío, en el mundo pagano y en los albores del cristianismo. Respecto al primero, no duda en acudir al relato del *Génesis* donde tanto varón como mujer poseen igual dignidad por su origen y por las funciones de ayuda mutua. Aunque debido a las consecuencias del pecado original, la mujer pierde la posición inicial y se la ve como seductora, débil e incapaz de resistir la tentación y, por eso, resulta sometida al hombre, sin el cual no puede desempeñar actividades relevantes.

En el mundo pagano existen diversas posturas y condiciones, sin embargo, las mujeres romanas, desde la familia, disfrutaban de bastante libertad y ejercían poder e influencia. En Grecia no se alcanzan estos niveles aunque hay excepciones, sobre todo gracias a la influencia de los filósofos que, como Pitágoras y Platón, consideran a la mujer como indispensable compañera del varón. En ambos pueblos, mientras se mantiene el vigor del matrimonio, surge la equilibrada alteridad entre los sexos; cuando esta institución se debilita, aparecen injusticias que favorecen al sector masculino. En los albores del cristianismo, existía un innegable patriarcado que se matiza y endereza cuando se aplican las enseñanzas de Jesús, y con la toma de conciencia de que ambos —hombre y mujer— son hijos de Dios. Después, la autora muestra cómo la Iglesia eleva a la mujer, destacando su capacidad intelectual y valorando su trabajo específico en el seno familiar y su servicio a la sociedad.

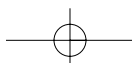


Glosa

El capítulo dedicado al pensamiento cristiano de la época medieval es esencial, porque precisamente el propósito que María Elena quiere resaltar es la valoración que el cristianismo hace de la mujer y que perdura en el tiempo. Por eso, subraya la profunda coherencia entre la fe cristiana y la relación hombre-mujer, marcada por una idéntica dignidad. Incursiona en algunos pensadores como Orígenes y San Agustín y, en el siglo XIII, con San Alberto, Buenaventura y Santo Tomás.

En los tres últimos siglos de la Edad Media, el libro analiza las funciones femeninas dentro del marco legal, de la vida social y del mundo económico. En la Germania, los lazos de parentesco eran muy valorados y otorgaban honra y respeto a esposas y madres. La castidad conyugal era altamente valorada. El cristianismo amplía el panorama con la oportunidad del celibato: así, ella se vuelve alguien independiente y no sólo se supedita a su papel como hija, madre o esposa (ya que, si no estaban casadas, permanecían bajo el dominio del padre, y si lo estaban, bajo el esposo). La legislación visigoda establecía que la mujer podía administrar sus bienes y concertar matrimonio por sí misma después de cumplir veinte años. En la viudez, la mujer se convertía en cabeza de familia y guardiana de los hijos menores de edad. Esta capacidad jurídica de vender, comprar, realizar contratos y administrar propiedades, dejó de practicarse en el siglo XVI.

Respecto a la vida social, la indisolubilidad del matrimonio cristiano propició la estabilidad y la seguridad de los miembros de la familia. La educación favorecía a las familias acomodadas. La actividad económica señalaba tres sectores a la mujer: la dama, la trabajadora del campo o de la ciudad, y



las monjas. Las damas conocían el trabajo del marido para reemplazarlo en caso de ausencia —viajes, guerras, etcétera—. La mujer trabajadora (del campo o la ciudad) desempeñaba actividades semejantes a las del hombre, aunque en las familias de aldeanos existían actividades que sólo competían a las mujeres, como el cuidado del ganado, el cultivo de la viña y del jardín, en los bosques recogían frutas o verduras, hilaban y elaboraban telas para los vestidos. En la ciudad, la mayoría se dedicaba a las tareas domésticas.

La medicina, la literatura y el arte eran tres profesiones donde la presencia femenina se desenvolvía bien. Allí se expresa el alma de la mujer, profundamente comprometida con las relaciones personales y con la necesidad de manifestar su delicada sensibilidad en el mundo de las artes. La medicina era una combinación del uso de hierbas y plantas con tratamientos aconsejados en fuentes clásicas. En este campo fue considerable la habilidad de la mujer, diestra en terapéuticas y en tratamientos especializados de enfermos. Sabía tratar las heridas, los huesos rotos, golpes graves y asistir en los partos. Las madres de familia y las monjas eran responsables de la salud de quienes habitaban con ellas. En el campo de la literatura y de las artes, aparecen ejemplos llenos de sensibilidad, imaginación y poesía.

El libro presenta un capítulo dedicado a la vida religiosa y a los monasterios. Allí se muestra otro aspecto característico de las inclinaciones femeninas: la capacidad de entrega a la Voluntad de Dios, como manifestación de un profundo sentido trascendente de la vida humana. Desde el nacimiento de la Iglesia, las mujeres tuvieron un papel sobresaliente en la evangelización y surgieron bastantes conversiones de varones

Glosa

prominentes gracias al influjo de las esposas. Sin embargo, apareció un nuevo tipo de mujer: la religiosa. Procedían de todos los estratos de la sociedad y conservaron la fidelidad, aun cuando la clausura se decretó hasta 1298. Muchas abadesas destacaron por su capacidad de gobierno y también por sus escritos. Sorprende la cantidad de datos que la autora nos muestra sobre diversas mujeres en distintas épocas y países.

Es muy interesante el fenómeno de las «beguinas», comunidades religiosas de la baja Edad Media: laicas consagradas que vivían en el mundo y no estaban sometidas a la vida conventual. Fueron fundadas en Bélgica y se desarrollaron en Cataluña, Francia, Holanda, Renania y Baviera. Entre ellas las había solteras, casadas y viudas; vivían en grupo y no dependían de ninguna autoridad. Se dedicaban a la defensa de los desamparados y a la vida intelectual. Conservaban derecho a la propiedad y trabajaban para mantenerse. Como no hacían votos solemnes, si lo deseaban, podían abandonar este estilo de vida y contraer matrimonio.

Otro capítulo está dedicado a la mujer en el mundo civil. Aquí no se trata de la influencia de abadesas y religiosas, sino de reinas, consortes, condesas y señoras feudales. María Elena realiza una observación incisiva cuando afirma que esas personas no imitaban en absoluto el modelo masculino: mantenían su esencia femenina aunque actuaran en política. Las reinas, por supuesto, eran famosas y, en el siglo XII, su papel principal era conservar y transmitir la sangre real. Otras veces, a través de las alianzas crecían los territorios y, por supuesto, el poderío ante otros reinos. Las cruzadas dieron la oportunidad a las mujeres de mostrar su capacidad para conservar la vida civil con orden y previsión. Se cita con más detalle la historia de

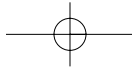
Tamara de Georgia, de Nicolaa de la Haye, de Isabel de Fortibus, de Leonor de Provenza, de Leonor de Castilla y de Matilde de Canosa.

Ahora se muestran algunos datos de los cuatro casos ejemplares. Cada uno muestra rasgos del carácter de esas mujeres, a causa de los cuales se ganaron el respeto y la admiración.

Acerca de Hrotswitha de Gandersheim, la autora relata: «La joven Hrotswitha, de familia noble sajona, fue llevada para su educación, al monasterio benedictino de Gandersheim, cerca de Hildesheim. Inició sus estudios con la *magistra* Rikkardis, sin embargo, fue la abadesa, la culta Gerbega o Gerbirg, hija de Enrique I de Baviera, la que intuyó su talento y la instruyó y familiarizó con la cultura clásica, con las obras de Platón, Terencio, Horacio, Virgilio y Ovidio, así como con la patristica, las historias de los santos y la literatura religiosa.

»Hrotswitha permaneció en Gandersheim como canonessa, y seguía la regla de San Benito, incluso en el canto de las horas canónicas que medían los distintos momentos de la jornada. El respetar y obedecer una regla, subraya Magli, significaba imponerse una regla a sí misma, al tiempo propio, a las actividades, y el hacer las cosas de un modo prescrito, no espontáneo. En este sentido la “regla” permitía a la mujer introducirse en un ritmo que, precisamente por ser prescrito, era “social”, cosa que, en cambio, nunca ha estado explícita en la vida cotidiana doméstica de la mujer.

»Las obras de Hrotswitha están escritas en latín. De ellas existen varias ediciones, y como podremos observar más adelante, están agrupadas según sus géneros literarios [...].

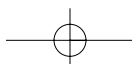


Glosa

»Hrotswitha muestra además, cómo en las comunidades femeninas no hay conflicto de poder, sino que la mujer a la que se reconoce autoridad se relaciona con cada una en el interior del claustro, haciendo referencia explícita a un orden materno, que es el caso de ella con la abadesa Gerberga. Relata una historia en femenino, cuando es un personaje masculino el que recita su papel protagónico en la economía del poema, detrás de él esta siempre la figura de una mujer: la esposa, la madre con sus súplicas, sus consejos, su intuición».

Además de la posibilidad de desarrollar la capacidad femenina, esta historia muestra la convicción de que tanto la mujer como el varón tienen los mismos alcances en la espiritualidad, a ellas se les admite por los mismos derroteros y es obvio que se esperan resultados muy similares en las metas.

Respecto a Leonor de Aquitania, María Elena recoge lo siguiente: «Leonor de Aquitania, toma parte activa en todos estos cambios y es además la heroína a través de la cual se dibujan todos estos rasgos de la civilización occidental del siglo XII. Sin embargo, hablar de ella nos presenta serios problemas, dos veces reina, cambió los destinos de Francia e Inglaterra, madre de dos reyes, dama de los trovadores y bardos bretones, encarna los viejos mitos celtas bajo una forma épica, en especial el mito de la mujer todopoderosa, en el momento en que se desarrollaba en la Europa cristiana el culto a la Virgen, modelo perfecto de mujer. Jugó un importante papel en la política europea por su inteligencia y temperamento, pero también inspiró gran cantidad de romances y leyendas, cuyo fondo mitológico es evidente y ha servido de inspiración a un sinnúmero de novelas [...]».



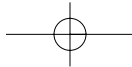
»El medio cultural que rodeó a Leonor durante su infancia y adolescencia explica el interés que siempre mostró por las artes y las letras, así como su gran inteligencia personal y un fuerte carácter heredado de su padre [...].

»Se ocupó personalmente de los diversos problemas de la vida económica de Aquitania, región cada vez más rica y moderna; otorgó cartas y franquicias a los burgueses. Una de ellas que lleva claramente su firma, se conoce bajo el nombre de “Establecimientos de Rouen”. En el texto escrito en latín y traducido a la llamada lengua vulgar, se advierte que la palabra “comuna”, antiguamente rechazada y odiada por Leonor, es plenamente aceptada. La comuna según este texto es al mismo tiempo la asociación de burgueses, la milicia armada y la ciudad eterna [...].

»Leonor se interesó muy en especial de los marinos. Bajo su inspiración directa fue redactado un código marítimo conteniendo 47 artículos que se conocen bajo el nombre de “Roles de Oléron”.

En el caso de Leonor se muestra claramente su capacidad de gobernar: nadie objeta su condición femenina, admiten sus dotes y la aceptan como guía.

De Blanca de Castilla —nieta de Leonor de Aquitania— escribe: «Blanca de Castilla, de doce años, fue solemnemente unida en matrimonio con Luis, príncipe heredero de Francia, el 23 de mayo de 1200, en la abadía de Pert-Mort, en Normandía, tierra inglesa, porque pesaba sobre el reino de Francia un entredicho [...].



Glosa

»Las fiestas fueron magníficas, se brindó por la salud y felicidad de los “niños” y todos participaron de la fiesta según la costumbre de la Casa de Francia. Los cronistas nos hablan de Blanca como una prenda de paz, hermosa, de mirar claro y directo, candorosa en su candidez, blanca de corazón y de rostro [...].

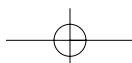
»Los primeros meses en el reino de Francia del que sabía que un día sería reina, los pasó Blanca en la Ille de France, en el palacio de la Cité parisina. Había dicho adiós al arzobispo de Burdeos, amigo de su abuela y el que había bendecido su unión. Se dirigió después a Fontainebleau acompañada de su tío y de su suegro, que ofreció varias fiestas en honor de los nuevos esposos [...].

»Luis y Blanca se convirtieron en compañeros de juegos y de estudios, en espera de convertirse realmente en esposos. Desde su más tierna infancia habían aprendido a montar a caballo, el Delfín tiene una verdadera pasión por los caballos, ahora comparten el estudio de la gramática, la música y las ciencias como la geometría y la astronomía [...].

»Por último, la caza es para los dos adolescentes placer y estudio a la vez; deben ser adiestrados en el arte de la caza así como en la danza, diversiones favoritas de la juventud en esa época [...].

»Esta educación compartida, estas costumbres de vida adquiridas conjuntamente, crearon una intimidad y un entendimiento entre Blanca y Luis que siempre mostraron una absoluta conformidad con su compromiso [...].»

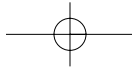
Este relato de la vida de Blanca de Castilla refuta muchas de las ideas que circulan sobre la discriminación de la mujer;



observamos cómo su educación está en consonancia con la del príncipe heredero del trono de Francia y, en ningún momento aparece discriminación alguna por tratarse del sexo femenino.

Para cerrar estas historias, es oportuno hacerlo con Santa Hildegarda, por quien la autora muestra una real admiración y afecto: «Visionaria, escritora, profeta, artista, poeta, compositora, predicadora herbolaria, médico y consejera de papas y emperadores, Hildegarda nació en 1098 en Bermersheim bei Alzey, en la diócesis de Mainz. Sus padres Hildelbert y Mectildis, pertenecientes a la nobleza local del Palatinado, tuvieron diez hijos, cuatro de ellas religiosas, Hugo canónigo, Roric sacerdote en Tholey, Clemencia monja benedictina y la décima y última hija, Hildegarda, también monja benedictina, vivió desde muy joven en un monasterio dedicado a San Dionisio, en la diócesis de Maguncia.

»Su precaria salud y carisma visionario se manifestaron desde sus primeros años. A los cinco años, según contó un sacerdote en su proceso de canonización, le dijo a su nana: «Qué bonito ternero está dentro de la vaca, es blanco con manchas en la frente, en las patas y en la espalda», cuando el becerro nació correspondía exactamente a la descripción de Hildegarda, quien en una de sus obras comenta: «Cuando tenía tres años, vi una luz tan brillante que mi alma quedó embelesada, pero era tan pequeña que no pude decir nada». Ella misma, en una carta escrita al monje Guiberto de Gembloux, explicaría más tarde este carisma que quizá la haga incomprensible y extraña a nuestra mentalidad moderna. Afirma significativamente que estas visiones no consistían en algo perceptible a los ojos o los oídos, ni iban acompañadas



Glosa

de éxtasis o de fenómenos extraordinarios, sino que eran algo visto “con el ojo interior”, era una manera de ver lo que ella rezaba. Este carisma, comenta uno de sus biógrafos, era para ella motivo de gozo y de pesadumbre a la vez. De gozo, oír el contenido de lo que veía, y de pesadumbre por el trabajo de traducirlo en palabras y más aún en palabras de la lengua latina, que ella no dominaba bien».

Con todos estos datos, muchas de las posturas que interpretan la vida de la mujer en la historia quedan matizadas y otras pierden autoridad. No cabe duda que se han cometido injusticias, pero cuando la mujer muestra sus dotes en cualquier campo, se le ha reconocido y respetado. Si desplegaban talento para la música, no se les escatimaron los instrumentos; si destacaban en la literatura, se les acercó a los clásicos; si poseían dotes de gobierno, se les obedeció con absoluta fidelidad.

Por último, cabe decir que detrás de un texto como éste, además de la detallada investigación, existe mucho diálogo entre colegas para orientar el uso de la información recogida. Elsa Frost y María Elena invirtieron buenos ratos de profundas disertaciones. Elsa no vio el final, pero, de alguna manera, está presente en cada página. ■

